

Leer y escribir

Ariel Bermani

LEER Y ESCRIBIR

*a meterse en el bañ
ta con traba, se bajó
o. El libro, elegido al
entretuvo durante treint
conversaciones, lo dist
canillas goteando, de c
a su jefe, que se encuen
te en cuerpos resaca con
labios rojos. Después de
como sus brazos se aban
sueño, volvió a dormir. El*

INTERZONA

LEER Y ESCRIBIR



INTERZONA

Bermani, Ariel

Leer y escribir. - 2a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2011.
128 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1180-83-7

1. Literatura Argentina. I. Título
CDD A860

Fecha de catalogación: 14/07/2011

© Ariel Bermani, 2011

© interZona editora, 2005-2011
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación: Mariel Mambretti
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición: Hugo Pérez
Tapa: Olivia Pierruges

ISBN 978-987-1180-83-7

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*Para mi papá, que vive en mí.
Con amor y sordidez.*



PRIMERA PARTE

LEER

La naturaleza no me transmite más que su atrocidad. Un vivero me parece un conjunto de fantasmas, porque puedo alucinar lo que veo, deformar un objeto hasta sus proporciones cósmicas. Un pájaro se convierte en un ángel. Es como un aparato de proyección que me permite leer en los seres mi propia cosmogonía. Y todo lo que percibo es terrible. Tengo la sensación permanente de que algo acecha en el cielo, de que se van a venir abajo los planetas, de que los seres humanos que están conmigo se van a fugar y me van a dejar solo en un desierto helado, mineral, de cuarzo.

Miguel Angel Bustos

UNO

Basilio Bartel volvió a meterse en el baño, un libro bajo el brazo. Cerró la puerta con traba, se bajó los pantalones y se sentó en el inodoro. El libro, elegido al azar y abierto en cualquier página, lo entretuvo durante treinta y siete minutos. En ese lapso oyó conversaciones, lo distrajo el ruido de canillas abiertas, de canillas goteando, de canillas cerrándose, y oyó, también, a su jefe, que se encerró en un inodoro contiguo y dejó que su cuerpo evacúe con fluidez y energía. Y oyó a su jefe hablar solo. Basilio no se detuvo en las palabras, para qué, eran las mismas de siempre: alguna queja sobre el gobierno, sobre la mujer del jefe, sobre Jopia o cualquier otro de los empleados de la biblioteca. Lo interesante era el énfasis, el tono usado por el jefe, encerrado en el baño, los pantalones bajos. Se acordó, en forma automática, de la sentencia escrita por otro, sus palabras son irrefutables pero no provocan la menor convicción.

El baño de hombres es un lugar de reposo en la biblioteca. A Basilio Bartel le gusta pasar horas así: sentado, leyendo. También suele cortar pedacitos de papel higiénico y metérselos en la boca. Masticar, convirtiéndolos en pequeñas matas. Y luego escupirlos. Ver el piso lleno de estas marcas sutiles de su presencia le causa risa, placer.

Estira las piernas, cierra los ojos. Los minutos pasan, el día huye, la tristeza lo roza suavemente: nada lo apura, nadie lo espera, nada lo inquieta, nada lo turba; nada que hacer, ahora. No hay nada aquí, escribió otro, sólo unos días que se aprestan a pasar, sólo una tarde en que se puede respirar.

Basilio Bartel siente el cuerpo flojo y una leve modorra que va tomando poco a poco sus fibras.

DOS

Si alguien le pregunta ¿cómo estás?, él responde, invariablemente, estoy muy bien. No le agrada hablar de más, y mucho menos hablar de sí mismo, de sus estados de ánimo; pero si alguien pregunta ¿cómo estás Basilio?, él levanta los hombros, enfoca los ojos en la cara del interlocutor, y contesta, sin ganas, pero sin desánimo, ni resignación, estoy muy bien.

No suele ver a sus padres, tampoco a sus amigos. Prefiere salir de su casa sólo para ir al trabajo y salir del trabajo sólo para volver a su casa. Tomemos en cuenta que son cinco las cuadras que separan esos dos puntos geográficos ubicados en uno de los cien barrios que componen la ciudad. En realidad, no son cien, son menos, pero ese número está bien, le da cuerpo a la urbe central de ese país periférico y empobrecido. No es lo mismo decir que la ciudad se compone de cien barrios que decir la ciudad se compone de veintitrés barrios o de cuarenta y siete.

Cuando no se encierra en el baño, Basilio suele sentarse en una silla de madera, detrás del mostrador de la biblioteca, las piernas juntas, estiradas, los ojos entornados. Esperando. ¿Esperando qué? La llegada de los lectores y, enseguida, la partida de los lectores; el paso de las horas, del año. Se acuerda, siempre, de aquella frase escrita por otro: si los hombres permanecieran quietos en sus habitaciones, la suma del mal disminuiría.

A Basilio le gusta vivir en la ciudad. Y trabajar en la biblioteca. Y que su casa quede a cinco cuadras de la silla donde pasa sus tardes, los ojos entornados, las piernas juntas, esperando. ¿Esperando qué? Esperando que algo nuevo suceda. Que el gordo Jopia llegue temprano, vestido con ropa limpia, sin olor a transpiración, ni a mugre acumulada durante semanas. Que Eugenia se mantenga en silencio. Que el jefe esté sobrio y despierto. Que la tarde sea tibia y el sol caliente. Que la sombra proyectada por los árboles del jardín dibuje, apenas, algunas ramas sobre el piso de la galería.

TRES

El jefe es el primero en llegar, el último en irse. Su arribo se produce una hora antes del horario fijado para comenzar el trabajo. Y se retira una hora después del cierre de la biblioteca.

Mónica y Eugenia llegan casi juntas, por más que viajen desde puntos opuestos de la ciudad. Eugenia, los auriculares en los oídos, el discman en el bolsillo de la campera, camina con pasos largos, la cartera apretada contra el pecho, los pantalones ajustados. Mónica la sigue, cerca, haciendo un gran esfuerzo físico para ponerse a la par y enterarse de las novedades que su compañera tiene para contar; novedades que ella repartirá por la biblioteca ocultando algunos datos, agregando otros.

A Basilio le cuesta salir de su casa y caminar las pocas cuadras que lo separan de su lugar de trabajo. Por eso es uno de los dos empleados que llegan tarde. Aunque su retraso es mínimo, quince minutos, veinte a lo sumo, y a esta altura de su vida laboral, el horario de Bartel, que, por supuesto, genera toda clase de polémicas sordas y quejas a viva voz, ha sido modificado contemplando ese plus de minutos a favor que él mismo se atribuyó.

Pero el caso de Jopia, o el gordo Jopia como se lo conoce en la biblioteca y en muchos otros lugares, es algo distinto. Nadie sabe, ni siquiera el jefe, si Jopia llegará a la hora de abrir, o lo hará tres horas antes o tres horas después, o no irá a cumplir con su función de auxiliar de biblioteca durante varios días, sin que nadie, ni siquiera el jefe, conozca el motivo de la tardanza o de la ausencia. Lo extraño es que raramente se discute sobre este asunto. Como si a su jefe y a sus compañeros no les pareciera reprochable la actitud del gordo. Se alegran al verlo llegar, siempre sucio, los rulos desarmados, la panza apretada por la remera. La valija azul, de plástico. Los mocasines de suela gastada, ya sin taco. Mostrando los pocos dientes que aún le quedan, en una sonrisa plena, redonda.

CUATRO

Las dos o tres veces por semana que concurre al trabajo, Jopia lleva una carpeta de tres solapas para regalarle a Mónica, unas cuantas informaciones tergiversadas, chimentos, y novedades falsas de la política nacional, para entretener al jefe, y facturas con dulce de leche para los demás. Todos, menos Bartel, lo reciben sonrientes, sintiendo que ahora la tarde será distinta. Jopia hará bromas, elogiará a sus compañeros inventando apócrifas historias acerca del campo de interés de cada uno, guardará los libros, folletos, y revistas acumulados en los últimos días, y se burlará de los lectores con esos chistes que tanto le gustan. Para qué querés ese libro, dirá, si vos no sabés leer. O: no te lo puedo prestar porque es un libro para gente inteligente.

Lo cierto es que sus palabras, en general, salen encimadas e incompletas, no es fácil entender lo que dice, mastica las sílabas. Será por eso que aún no recibió la paliza que Bartel le augura. La relación entre ellos está llena de desencuentros. De todas maneras, es cierto que todas las relaciones de Basilio se caracterizan por la comunicación insuficiente y el diálogo escaso, pero con Jopia todo es peor. Bartel no soporta la mentira, puede tolerar muchísimos otros aspectos de la personalidad del gordo, pero no la tendencia permanente a mentir, incluso en los detalles insignificantes. Jopia miente por costumbre y todos, menos Bartel, le creen. Lo protegen, de alguna manera rarísima, como si fuera un pobre hombre abandonado. Mónica especialmente, Mónica más que cualquier otro; no sería extraño pensar que ella siente una especie de amor –mezcla de amor materno y amor conyugal– hacia él. Lo espera cuando no está, en esos días en que nadie sabe si llegará antes del horario de cierre. Y lo sigue como un perro fiel cuando está, le sonrío, comenta nimiedades para llamar su atención. Lo llama desde su cubículo, dice: Eduard –sólo Mónica lo nombra así–, Eduard, y Jopia va, le cambia la cinta a la máquina de escribir o se queda un rato en silencio,

cumpliendo con la farsa hasta el final: hacer de cuenta que escucha lo que Mónica tiene para contarle: que anoche miró una película en la televisión o que alguien, un lector, le devolvió un libro subrayado con tinta azul.



CINCO

Eugenia es la preferida del jefe. Con ese cuerpo enorme, esas caderas anchas, carnosas, se mueve por la sala de lectura y también por el resto de la biblioteca, con unos auriculares enchufados en las orejas, el discman colgando del pantalón, o en las manos, o en la cartera. Es casi imposible encontrarla sentada, quieta. Camina dando larguísimo pasos, siempre con prisa, entrando, saliendo, atravesando el jardín y todas las puertas que deben cruzarse hasta llegar a la calle. Compra yerba, galletitas, vuelve, sale otra vez.

Cuando ya decidió que es momento de disminuir el ritmo, comienza con sus conversaciones telefónicas. Se trata de un conjunto de charlas que podrían denominarse discusiones madre e hija, y también, discusiones de pareja. Habla moviéndose, estirando el cable del teléfono hasta el límite. En algún momento de las peleas con la madre, o con el novio, no consigue detener el llanto, y tampoco consigue que el interés de todos en la biblioteca, incluido Bartel, se desplace hacia otra zona que no sea la oficina de procesos técnicos, donde ella y su madre o ella y su novio, hablan, pelean.

Mónica tiene especial debilidad por el conocimiento de las vidas ajenas. Por más que le griten, la echen, Mónica consigue ubicarse, escondida detrás de las pilas de libros para catalogar, y espiar las peleas de los otros. Después, cuando Eugenia vuelve a su movimiento permanente, lejos de la sala de lectura, ella comenta con Jopia o con el jefe lo que ha podido sacar en limpio luego de tanta escucha secreta. Pero tienen buena relación las dos mujeres de la biblioteca. En general, Mónica la persigue, agitada por las zancadas dificultosas, e intenta extraer la mayor cantidad de información del torrente de palabras que sale de la boca de su compañera.

SEIS

No es prudente dejar de lado a otros dos personajes, subalternos en el fluir del relato y en la vida de Bartel, pero que de alguna forma deben aparecer en esta historia. Se trata del encargado de servicios generales y mantenimiento, Osvaldo Frasuelli, y de su único empleado, Walter Rivadaneiras.

Las razones del espanto imponen que los empleados de una biblioteca odien los libros. Y los que manejan un colectivo odien a sus pasajeros y las maestras odien a sus pequeños alumnos. Ni Walter ni Frasuelli constituyen excepciones a esta regla. Tampoco los demás: el jefe, Mónica, Eugenia, Jopia. Afortunadamente, no es el caso de Basilio Bartel.

Frasuelli suele echar a los lectores cuando están ingresando a la primera de las puertas de acceso a la biblioteca. Les pregunta, a los gritos, a dónde van. A buscar un libro, responden. A leer, responden. A devolver un material que acabo de sacar para fotocopiar, responden. Pero el viejo Frasuelli los mira con odio, apretando los puños, y vuelve a gritar: fuera, está cerrado, hoy no vino nadie. Y los empuja. Y escupe a un costado de sus propios pies. Muchos de los incautos usuarios de esa biblioteca pública retroceden, putean con voz inaudible, se van, no vuelven. Pero hay quienes ponen el pecho a la violencia. Quienes piden el libro de quejas o una explicación confiable. Hay quienes se atreven a traspasar esa puerta y las otras, con el viejo gritándoles en la nuca, y se enfrentan a la última instancia, estiran los dedos para llegar al picaporte final, el escollo que queda por sortear antes de llenarse las manos con el polvo de los libros; pero sienten el tirón en el cuello y el cuerpo cede, caen de espaldas, la cabeza contra el piso. Y la voz, esa voz áspera, implacable, que dice, que aúlla, que grita, que repite: está cerrado, nunca abren. Vayasé.

SIETE

Walter es petiso, feo, bigotudo. Es el único empleado de la biblioteca que usa corbata, saco, camisa de seda. Siempre quiso ser policía pero fracasó en las tres o cuatro oportunidades en que intentó ingresar en esa institución. Dicen las malas lenguas –la mala lengua de la mala de Mónica–, que no lo tomaron porque fue a la admisión borracho, la primera vez; porque trató de manosear a una de las empleadas, la segunda; y porque en el tercero de sus arriesgados intentos lo sacaron entre dos cuando Walter mostró, amenazante, el arma que llevaba oculta entre las ropas para ejercer la presión necesaria. Era un revólver pequeño, sin balas, que sigue usando cuando no queda alternativa, cuando los lectores porfían por entrar y los métodos persuasivos fallan.

Frasquelli le asigna el trabajo duro de la biblioteca: impedir que los lectores más audaces, más fuertes, los que lograron doblegar al viejo jefe de mantenimiento, atraviesen la última puerta. Son siete las puertas que deben pasar para llegar a la sala de lectura. Walter los confunde indicando un falso camino, o los invita a ingresar por una puerta pequeña, disimulada en la pared, luego del tercer pasillo, convenciéndolos de que se trata de un atajo, pero en realidad desembocan en plena calle, una de las calles laterales, peligrosísima, poblada de lectores perdidos, al borde de la desesperación y la miseria, que se empujan los unos a los otros, se roban entre sí las fotocopias de alguno de los libros de la biblioteca y no consiguen ponerse de acuerdo para volver, organizados, y tomar la entrada por asalto. Pero los que logran sobreponerse al disgusto y a los peligros, y regresan a la puerta principal, se encuentran con la furia de Frasuelli, brazos en jarra, y la apatía de Walter, las manos en los bolsillos, que les impiden el paso con el tan conocido juego de los dos policías. Frasuelli grita, Walter se muestra comprensivo. Incluso deja su teléfono celular sobre el escritorio de la entrada. Un falso

teléfono, sin línea, que él lleva siempre en su mano derecha pero que nadie, por supuesto, ha visto en funcionamiento. Deja el teléfono, se acerca al lector y le apoya las manos –de uñas negras– en los hombros. No insista, dice, conteniendo la voz, hoy estamos cerrados. Mi jefe se puede enojar si usted no se va. Mire la cara que tiene. Es capaz de matar cuando pone esa cara.



OCHO

Que el lector de esta novela sepa que otros muy pocos lectores venen el cerco, entran en la sala de lectura. Se topan con el semblante opaco de Mónica o con la hilaridad idiota de Eugenia. O con Basilio Bartel sentado en la silla de madera, las piernas estiradas, la mirada vacía. O con el jefe durmiendo, mejor dicho, con el jefe, cómodo, en un costado de la sala, un diario o una revista o un libro en las manos, leyendo con los ojos cerrados, roncando sin que nadie se dé cuenta, ronquidos sordos, mudos, ciegos, hablando dormido, leyendo dormido, soñando, acaso, con las épocas en que era estudiante –o estaba recién graduado– y participaba de las movilizaciones políticas, entonando los estribillos de la patria peronista.

Algunos lectores ingresan, sudorosos, las ropas descosidas, restos de sangre seca, y ya no tienen la fuerza de ánimo, ni la resistencia física necesaria, para abrir los ficheros, hurgar en las fichas, hacer los pedidos.

Mónica odia encontrarse con ellos. Por eso, cuando vuelve, luego de su única salida lejos del cubículo que le fue asignado hace tantos años, a las cinco en punto de la tarde, con la naranja, la servilleta, el cuchillo, baja la vista y apura el paso. Se refugia en su escritorio, detrás de la máquina de escribir, las revistas por ingresar, las fotos de los sobrinos y sube el volumen de la radio. Escucha una de esas emisoras para adolescentes donde se difunden bonitos mensajes de amor y esperanza y canciones al tono. Pero ella pasó los cuarenta, está engordando a razón de medio kilo por semana, nunca tuvo novio, o, si lo tuvo, esa experiencia no dejó huella en su espíritu. Y se pasea por la vida con una mochila de escolar de cuyo cierre cuelga un osito de peluche.

NUEVE

La mujer y el hijo de Basilio Bartel suelen dormir poco. A las siete en punto de la mañana, luego de una noche cortada por los llantos del niño, ella se levanta. Entra en el baño. Se ducha. Prepara el mate. Se viste. Toma un mate. Despierta al chico. Le cambia el pañal. Toma otro mate. Lo viste. Le calienta la leche. Toma el último mate. Y a las ocho en punto, salen.

Antes de irse, por supuesto, ambos besan a Basilio, que pasó, también, gran parte de la noche despierto, leyendo. Él no registra esos besos, no los recordará cuando abandone la cama, al mediodía.

La mujer deja a su hijo en la guardería y se apura para llegar a la parada del colectivo. La espera el trabajo que la mantendrá ocupada el resto del día.

Algunas horas después, Basilio se despierta, de mal humor. Camina por el departamento esquivando los juguetes, la ropa desparzamada; junta los platos sucios de la noche anterior y los amontona en la pileta de la cocina. Deposita el mantel, mojado -con restos de la cena arruinando sus colores- en el canasto de la ropa sucia. Aprovecha para sacarse el calzoncillo usado en los últimos dos días y elige otro de los que cuelgan en la soga. Se viste con el mismo jean y la misma camisa del día anterior. Las medias las conserva, nunca se acostumbró a dormir descalzo. Se pone las zapatillas, enciende el radio, hurga en la pobreza de la heladera a la espera del milagro: que aparezca un pedazo de carne cocida, tibia, una botella de vino blanco. Pero sólo se encuentra con un sachet de leche, la jarra con agua y dos tomates.

Renueva el mate que había empezado, temprano, su mujer. Después se lava la cara, se aplasta los rulos con el peine, se cepilla los dientes y sale a la tarde, a la calle, a toparse de jeta con el maldito día.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA